

The cover features a detailed illustration of nasturtium plants. Large, rounded green leaves with prominent veins are scattered across the page. Several flowers are shown in various stages of bloom, with colors ranging from bright red to yellow and orange. The flowers have a characteristic spurred shape. The illustration is rendered in a clean, graphic style with black outlines and flat color fills.

NATSUME SŌSEKI

La puerta

*Traducción de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés*

Postfacio de Kayoko Takagi



IMPEDIMENTA

LA PUERTA



Natsume Sōseki

Traducción del japonés a cargo de
Fernando Cordobés & Yoko Ogihara

Postfacio de
Kayoko Takagi



IMPEDIMENTA

Sōsuke sacó un cojín al *engawa*[1] para disfrutar del sol de mediodía y se dejó caer encima con las piernas cruzadas. Al cabo de un rato, apartó la revista que hojeaba y se tumbó de costado. Era un precioso día del veranillo de San Martín. El rítmico golpear de las *geta*[2] contra el suelo de la silenciosa calle, alcanzaba sus oídos y le producía un placer añadido. Se apoyó sobre el codo para contemplar el hermoso cielo azul que se abría más allá del alero del tejado. Parecía infinito visto desde el diminuto *engawa*. Pensó que sería muy afortunado si pudiera contemplar un cielo así algún domingo que otro. Miró con los ojos entornados directamente al sol. Su luz era tan cegadora, que acabó por darse la vuelta hacia los *shoji*[3] donde su esposa, Oyone, cosía.

—¡Qué día tan maravilloso!

—Sí... —contestó ella lacónica.

Sōsuke tampoco parecía dispuesto a iniciar una conversación, así que se volvieron a quedar en silencio. Fue Oyone quien habló al cabo de un rato.

—¿Por qué no sales a dar un paseo?

Sōsuke rezongó; no se movió del sitio. Un poco más tarde, Oyone cayó en la cuenta de que se había dormido. Tenía las rodillas encogidas contra el cuerpo, como una gamba; su negra cabellera quedaba oculta por los brazos. Los tenía doblados de tal manera que impedían ver su rostro.

—Si te duermes ahí seguro que te resfrías —le previno.

Hablaba con un acento similar al de la gente de Tokio, pero con ciertos matices. Lo hacía con las inflexiones propias de las jóvenes japonesas que habían estudiado. Sōsuke abrió los ojos, pero no se levantó.

—Está bien —respondió en voz baja—, no me dormiré.

El silencio volvió a llenarlo todo. No muy lejos de allí pasó un *rickshaw*. [4] Hizo sonar el timbre dos o tres veces. Un gallo cantó a lo lejos. Los sonidos llegaban a oídos de Sōsuke aunque no los escuchaba. Disfrutaba calentando sus huesos al sol. Los rayos penetraban a través de las fibras de su quimono recién confeccionado. De pronto, recordó algo y llamó a su mujer.

—Oyone, ¿cómo se escribe el ideograma *kin* en la palabra *kinrai*?

A Oyone no le sorprendía que su marido se olvidase de cómo escribir un ideograma simple. No se rio de su descuido, con esa risa tan peculiar que tenían algunas mujeres jóvenes.

—Es el mismo que para *oo* en *oomi*.^[5]

—Eso es precisamente de lo que no me acuerdo.

Oyone recorrió el *shoji* hasta la mitad y lo dibujó en el suelo del *engawa* con su regla de costura.

—Así —dijo. El extremo de la regla se quedó inmóvil en el lugar donde había realizado el último trazo. Oyone alzó la vista hacia el cielo transparente.

—Eso es. Por supuesto —dijo Sōsuke sin mirarla. Su laguna pasajera no pareció divertirse, ni siquiera sonrió. Su mujer no le dio mayor importancia al asunto.

—Hace un tiempo magnífico —dijo ella como si hablase para sí misma. Volvió a su labor y dejó abiertas las puertas que daban al *engawa*. Sōsuke levantó despacio la cabeza.

—Es curioso lo que sucede con los ideogramas, ¿no te parece? —Miró a su mujer a los ojos por primera vez.

—¿Por qué?

—Si dudas cómo escribir aunque sea el más simple, ya no sabes cómo seguir. El otro día sin ir más lejos, estuve un buen rato dándole vueltas al ideograma de *kon* en *konnichi*.^[6] Lo escribí en un papel y lo miré. Había algo que no funcionaba. Cuanto más lo miraba más me convencía de que no estaba bien escrito. ¿No te ha pasado nunca?

—No, la verdad es que no.

—Será que solo me pasa a mí... —admitió Sōsuke dándose un golpe en la cabeza.

—Me parece que hay algo dentro de ti que no marcha bien.

—Supongo que estoy bastante alterado.

—Sí —asintió ella mirándole a la cara.

Al fin se levantó. Pasó por encima de la labor de su mujer, atravesó el *chanoma*^[7] donde ella cosía y abrió las puertas del salón contiguo. Como el zaguán situado al sur impedía el paso de la luz, fue incapaz de distinguir con sus ojos, aún cegados por el sol, las puertas situadas al fondo de la habitación. Al llegar allí las abrió de par en par. Salió a la parte más oriental del *engawa*, donde se alzaba un gran desnivel que parecía oprimir el alero del tejado de tal manera, que hasta al sol de la mañana le costaba un enorme esfuerzo dispersar

las sombras. En la ladera había crecido la hierba. No había piedras de contención, por lo que siempre existía el temor a que se produjese un deslizamiento de tierras. Por extraño que pudiera parecer, nunca había ocurrido. Quizás por eso el propietario lo había dejado así tanto tiempo. El dueño de la frutería, que llevaba unos veinte años en el barrio, le dijo, un día que llevó un encargo a la casa, que hubo una época en que la pendiente estuvo cubierta por un bosquecillo de bambú, pero que cuando los cortaron no llegaron a arrancarlos de raíz. Esa era la razón de que la tierra estuviera más firme y sujeta de lo que cabía esperar. De ser cierta aquella historia, a Sōsuke le extrañaba que no hubiera vuelto a brotar el bambú. El hombre le explicó que una vez cortados, ya no brotan con tanta facilidad. En cualquier caso, podía estar tranquilo, estaba convencido de que la tierra no se desplomaría sobre ellos. Lo dijo con mucha seguridad, como si la ladera fuese responsabilidad suya. Después se marchó.

El muro de contención no lucía el esplendor de los colores del otoño. El único indicio de que estaban en esa época era la ausencia de fragancia en la hierba, el aspecto desaliñado de la ladera. No había ni rastro de gramíneas, ni de hiedras u otras delicadas hierbas propias de la estación. En lugar de eso, surgían por aquí y por allá como recuerdo de otra época unos ásperos retoños de bambú. Estaban ligeramente teñidos de tonos dorados. Daba la impresión de que si uno se tumbaba encima de ellos cuando los acariciaba el dulce tacto del sol, el calor del otoño que subía por la pendiente terminaría por alcanzarle. Como Sōsuke salía siempre de casa al rayar el alba, y no regresaba al menos hasta pasadas las cuatro de la tarde, en raras ocasiones tenía la oportunidad de deleitarse en la contemplación de la cumbre a esa hora del día, cuando el sol alcanzaba su cénit.

Salió del oscuro cuarto de baño y se lavó las manos. El agua se escurría entre sus dedos. Miró distraído más allá del límite de su casa hacia donde crecía el bambú. De la punta de algunos brotes, nacían las hojas como si fueran los pelos de la cabeza tonsurada de un monje. Se enrollaban unas sobre otras, hacia abajo, sin dejarse rozar por el viento.

Sōsuke cerró las puertas, volvió al salón y se puso de cuclillas frente a la mesa. Si llamaban salón a aquella estancia, era solo porque allí recibían a sus invitados. En realidad no era más que un estudio, un pequeño cuarto de estar a lo sumo. En la parte orientada al norte, estaba el *tokonoma*^[8] de donde colgaba una extraña pintura en rollo frente a un florero de color rojo pardo de

dudoso gusto. No había cuadros en las paredes, tan solo dos clavos torcidos de latón brillante. También había una librería con las puertas de cristal cerradas. Nada en su interior despertaba suficiente interés como para atraer su mirada. Abrió los cajones de la mesa. Estaban rematados en oro y plata. Lo revolvió todo buscando algo. Al no encontrarlo, cerró con un golpe seco. Destapó el tintero y empezó a escribir una carta. Cuando terminó, la metió en un sobre y se quedó pensativo unos instantes. Se volvió hacia su mujer que seguía en la habitación de al lado.

—¿Cuál es el número de la casa de los Saeki? —le preguntó.

—¿No era el número veinticinco? —contestó ella—. Una carta no basta —añadió cuando Sōsuke escribía el número en el sobre—. Deberías ir a verla personalmente.

—De todos modos, déjame que lo intente primero por carta, aunque sea inútil... Si no consigo nada, iré a verla. —Sōsuke ponía mucho énfasis en lo que decía. Como no obtuvo respuesta de su mujer, añadió—: Eso será suficiente, ¿no crees?

Oyone no tenía una opinión tan formada como para contradecir a su marido en este asunto, por eso no quiso apremiarlo. Sōsuke salió del salón con la carta en la mano. Se dirigió al recibidor y de allí a la calle. Oyone se levantó cuando su marido se disponía a salir de casa. Fue hasta la entrada para despedirle.

—Voy a dar un paseíto solamente.

—Buena idea —le respondió ella con una sonrisa.

Media hora más tarde, Oyone escuchó el ruido de la puerta principal. Dejó a un lado su labor y se dirigió al recibidor por el *engawa*. Pensó que su marido ya había regresado, pero en realidad era Koroku, su hermano pequeño. Aún llevaba puesta la gorra del uniforme del colegio y un abrigo de lana negro que casi le tapaba los pies.

—Hace calor —dijo él mientras se desabrochaba el abrigo.

—Vas demasiado abrigado... ¿No te parece una prenda demasiado gruesa para este tiempo?

—Pensé que haría frío después de ponerse el sol —explicó Koroku. Siguió a su cuñada hasta la habitación contigua. Cuando vio el quimono en el que estaba trabajando dijo—: Veo que sigue tan ocupada como de costumbre.

Se sentó frente al brasero. Oyone apartó la labor para sentarse frente a él. Retiró la tetera del fuego y echó un poco más de carbón.

—No se moleste por el té, por favor.

—¿No quieres té? ¿Entonces qué tal un dulce? —le preguntó ella divertida.

—¿Tiene?

—No. No tengo —respondió con franqueza—. Espera un momento. Debe de quedar alguno —se desdijo un instante después.

Quitó de en medio el cesto donde guardaba el carbón del brasero y se levantó de un salto. Abrió la puerta de una pequeña alacena. Rebuscó en su interior. Koroku no apartaba la vista del lugar donde su *haori*[9] dejaba al descubierto su *obi*. [10]. Estuvo mucho tiempo buscando. Al final, a Koroku no le quedó más remedio que intervenir.

—No se preocupe por el dulce. Mejor dígame dónde está mi hermano.

—Tu hermano acaba de... —Oyone le respondió sin interrumpir su búsqueda. Al final cerró las puertas de un portazo—. Es inútil. Sōsuke ha debido de comérselo.

Se volvió a sentar junto al brasero.

—Está bien. Entonces puede invitarme a cenar.

—De acuerdo. —Miró al reloj que colgaba de la pared. Eran casi las cuatro. Contó en voz alta las horas que faltaban para la cena—: Cuatro, cinco, seis en punto.

Koroku la observaba sin decir nada. En realidad, no le entusiasmaba la idea de quedarse a cenar.

—Cuñada, ¿sabe si mi hermano ha ido a ver a los Saeki?

—Lleva tiempo pensando en hacerlo, pero sale de casa muy temprano y regresa muy tarde. Cuando vuelve está tan cansado, que el simple hecho de ir a bañarse ya le supone un enorme esfuerzo. Te pido que no seas muy duro con él.

—Sé perfectamente lo ocupado que está, pero hasta que no solucionemos este asunto mi cabeza va a estar tan revuelta que voy a ser incapaz de concentrarme en los estudios.

Había agarrado las tenazas del brasero mientras y ahora jugueteaba con las brasas y hacía trazos sobre las cenizas. Oyone observaba sus movimientos.

—Al menos ha escrito una carta —dijo para consolarle.

—¿Qué decía?

—No la he leído, pero estoy segura de que les hablaba del asunto. Volverá pronto y podrás preguntarle tú mismo.

—Bien. Si ha escrito a los Saeki será en relación con eso. Seguro.

—Sí, les ha enviado la carta hoy mismo. Supongo que ha salido para echarla al buzón.

Koroku no tenía ganas de seguir escuchando las disculpas de su cuñada. Sabía que solo pretendía consolarle. Si su hermano tenía tiempo para salir a dar un paseo, bien podía haber ido a ver a los Saeki directamente en lugar de enviarles una carta. No estaba de muy buen humor. Se fue al salón, alcanzó un libro de tapa roja, vio que lo había escrito un autor extranjero y empezó a hojearlo.

II

Sōsuke se acercó a la tienda de la esquina para comprar cigarrillos y un sello. Echó la carta en un buzón que había cerca de su casa. No tenía ganas de desandar el camino de vuelta. Siguió adelante mientras el humo de su cigarrillo se desvanecía en el aire otoñal. Le dieron ganas de alejarse de su casa, de grabar en su mente un mapa de las calles de Tokio. Más tarde, decidió regresar con sus impresiones de domingo para darse el lujo de echarse una buena siesta. Respiraba el aire de Tokio durante todo el año; tomaba el tranvía a diario para ir y volver del trabajo; pasaba mañana, tarde y noche por las mismas calles atestadas de gente, pero lo hacía siempre tan fatigado de cuerpo y de alma que tenía la sensación de moverse en un sueño completamente ajeno a él y a todo cuanto le rodeaba. Incluso había llegado a perder la conciencia de que vivía inmerso en la agitación de la gran ciudad. En condiciones normales estaba tan ocupado que no tenía siquiera tiempo de pensar en ello. Cuando llegaba el último día de la semana, ese día en el que podía descansar para intentar recuperarse, se daba cuenta de la tensión que implicaba su vida diaria. Vivía en pleno centro de Tokio y ni siquiera disponía de un momento para disfrutar de la ciudad. Pensar en ello le provocaba una profunda melancolía.

En ocasiones así se lanzaba a las calles. Si por alguna razón disponía de algo de dinero, llegaba incluso a plantearse la posibilidad de disfrutar de alguno de los placeres que ofrecía la gran ciudad. Pero su melancolía no era lo suficientemente profunda como para empujarle a hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde. Antes de dejarse llevar por uno de esos impulsos, reflexionaba y acababa por reírse de su locura. Por si fuera poco, el estado en que normalmente se encontraba su cartera le aconsejaba prudencia. En lugar de molestarse en descubrir cómo satisfacer sus anhelos, se daba cuenta de que resultaba mucho más agradable volver a casa con las manos protegidas bajo las solapas del quimono. Un simple paseo por la ciudad, un inocente vistazo a los escaparates de alguna galería comercial, solían ser suficientes para aliviar su melancolía hasta el domingo siguiente.

Tomó el tranvía. A pesar del buen tiempo había menos pasajeros que de costumbre, por lo que el trayecto le resultó agradable en extremo. Había un

cierto aire de serenidad en sus compañeros de viaje; cada uno de ellos mostraba un aspecto sosegado y tranquilo. Nada más sentarse, se acordó de la lucha diaria que había que mantener de lunes a sábado en la línea Marunouchi para conseguir un sitio. La tomaba todas las mañanas a la misma hora, y estaba tan atestado que para entrar tenía que hacerlo dando empujones a los demás viajeros, que respondían con la misma moneda. No había gente más grosera que los usuarios del tranvía en plena hora punta. Nunca había encontrado una sola muestra de calor humano en ellos, aunque se sujetase de las agarraderas, o aunque ocupase uno de los asientos tapizados de terciopelo. A pesar de su hastío, aceptaba como algo natural el hecho de haberse convertido en una especie de máquina que alineaba sus rodillas con las de los demás cuando conseguía un sitio, que rozaba su hombro con el del resto cuando no le quedaba más remedio que permanecer de pie en el mismo vagón hasta llegar a su parada, de la que se bajaba mecánicamente.

Frente a él había una mujer mayor con una niña que no tendría más de ocho años, probablemente su nieta. La mujer acercaba su boca a la oreja de la niña para decirle algo. Junto a ellas había una mujer que aparentaba unos treinta años. Una dependienta, quizás. Las miraba con interés. Al final se dirigió a ellas. Le preguntó el nombre y la edad a la niña en tono cariñoso. Sōsuke sentía como si estuviera en otro mundo. Por encima de sus cabezas, colgaban gran cantidad de anuncios que colmaban hasta el más mínimo espacio del vagón. En condiciones normales no les habría prestado ninguna atención, pero en ese momento, quizás por aburrimiento, empezó a leerlos de uno en uno: «*Le resultará más sencillo si deja su mudanza en nuestras manos*», decía el más grande de ellos. En el siguiente, dispuesto en líneas consecutivas, se podían leer las siguientes frases:

*Si se preocupa por su economía,
si se preocupa por la higiene,
si le asustan los incendios accidentales.*

Más abajo, cerca del límite inferior del anuncio decía: «*Utilice ollas de arroz a gas*». Junto al texto se veía el dibujo de una olla sobre una llama. El tercero anunciaba con letras blancas sobre fondo rojo la adaptación al japonés de una popular novela de Tolstói, que una compañía teatral representaba en aquel momento.

Diez minutos después, había leído cada uno de los anuncios al menos tres veces sin pasar por alto ni un ideograma. Ni que decir tiene que no tenía ninguna intención de ir a ver ninguna representación, ni de comprar ninguno de los productos anunciados, pero estaba satisfecho por haber podido imprimir todos aquellos mensajes en su mente, por haberlos leído con calma hasta comprender todo lo que decían. Su ritmo de vida solo le permitía dedicarse a esos lujos los domingos. Sus idas y venidas a diario eran cualquier cosa menos relajadas. Disfrutar de esa calma le producía un cierto orgullo.

Se bajó en Surugadai-shita. Nada más descender, le llamó la atención el esmerado escaparate de una librería situada justo a su derecha. Se quedó un rato mirando, fascinado por las letras doradas y por las distintas texturas de las portadas de los libros. Conocía muchos de los títulos, por supuesto, pero no tenía ninguna intención de entrar a hojearlos. Durante una época fue incapaz de pasar frente a una librería y no entrar. Una vez dentro, siempre terminaba por encontrar algo que le interesaba, pero eso sucedió mucho tiempo atrás; era parte de una vida que había terminado para siempre. Había un libro en mitad del escaparate bellamente encuadernado que llamó especialmente su atención. Se titulaba *Historia del juego*. Cruzó al otro lado de la calle con una sonrisa en los labios. En esta ocasión se fijó en el escaparate de una relojería en la que mostraban todo tipo de relojes de oro expuestos con sus respectivas cadenas. Se sintió feliz admirando sus formas y colores, aunque no se sentía particularmente deseoso de poseer ninguno de ellos. Le sorprendió que no fueran caros. Más tarde se detuvo unos instantes frente a una tienda de paraguas; después delante de una de ropa para caballeros. Se fijó en una elegante corbata expuesta junto a un sombrero de seda. Sin duda, era mucho más bonita que la que él llevaba a diario. Entró para preguntar el precio. Ya estaba casi dentro de la tienda cuando se lo pensó mejor. Después de todo, qué ganaba él si aparecía al día siguiente en el trabajo con una corbata nueva. Rechazó la idea de gastarse el dinero en esas tonterías y se dio media vuelta. Continuó su recorrido. Se plantó frente a una tienda de quimonos. Leyó los nombres de los distintos tipos de tejidos, la mayoría de cuyas denominaciones le eran completamente desconocidas hasta ese mismo instante. Justo al lado estaba la sucursal tokiota de una famosa casa de moda de Kioto. Se quedó un buen rato allí plantado con el ala del sombrero aplastada contra el escaparate. Contemplaba fascinado los delicados bordados de los *hanekis*.^[11] Había uno especialmente elegante que seguro que le sentaría muy bien a su mujer. Le

cruzó la mente la idea de entrar y comprárselo, pero pensó que ese gesto habría tenido sentido cinco o seis años antes, no en ese momento. No era una mala idea del todo, pero se la sacó de la cabeza como pudo. Continuó su camino con una amarga sonrisa dibujada en los labios. Le inundó un sentimiento de futilidad. De pronto, pareció dejar de estar interesado por la gente y por las tiendas.

Sin embargo, algo llamó su atención una vez más. Era un quiosco situado en una esquina de la calle, que exhibía las novedades editoriales más recientes, con carteles impresos en grandes caracteres. Algunos de los anuncios no eran más que pequeños retratos colocados sobre tablillas de madera; otros eran algo más grandes y formaban diseños de lo más variados. Leyó todos y cada uno de los anuncios. Conocía a alguno de los autores además de los títulos a los que hacían referencia, pero había otros que le resultaban completamente desconocidos. Cerca de allí había un hombre que rondaría la treintena, tocado con un bombín. Estaba sentado en el suelo despreocupadamente, con las piernas cruzadas. Se dedicaba a vender unos globos de considerable tamaño. Los hinchaba hasta que adoptaban el aspecto de un *dharm*[\[12\]](#) regordete. A Sōsuke le divertía contemplar los ojos y la boca del personaje dibujado en el globo, perfilados con tinta. Cuando el hombre hinchaba los globos, los mantenía en equilibrio sobre la palma de su mano, impulsándolos y haciéndolos bascular con la punta de sus dedos. De vez en cuando introducía algo por la abertura inferior, como un palillo de dientes, y el globo se desinflaba rápidamente.

Por la calle paseaba muchísima gente, pero nadie prestaba atención al hombre del bombín. Aparentemente impertérrito ante la indiferencia general de los transeúntes, y ajeno a cuanto sucedía a su alrededor, el hombre seguía sentado en la esquina de un concurrido cruce con las piernas cruzadas hinchando globos y voceando: «¡Globos, globos para los niños!». Sōsuke rebuscó en su bolsillo unas cuantas monedas. Compró uno. El hombre lo desinfló. De pronto, le entraron ganas de ir a un barbero para darse un buen corte de pelo, pero antes de que pudiera encontrar uno de su gusto, se dio cuenta de que el sol ya se ponía. Así que, resignado, tomó el primer tranvía a casa. Al llegar al final de la línea, entregó el billete al revisor. El cielo ya había perdido el color. Las sombras negras acechaban en las frías y húmedas calles. Se agarró al pasamos metálico para salir. Su tacto le resultó gélido.

Los demás pasajeros se fueron dispersando en todas direcciones. Se quedó solo. Entonces miró hacia el final de la calle y vio lo que parecía una delgada columna de humo blanco que se deslizaba entre los aleros y los tejados de las casas situadas a ambos lados. Caminó a buen paso en dirección al parque. Le invadió la tristeza por ese magnífico domingo que tocaba a su fin. Al día siguiente tendría que sumergirse una vez más en la frenética vorágine de la ciudad. Le fastidiaba tener que esperar toda una semana para poder disfrutar de otro día libre. Los seis días que tenía por delante sin la perspectiva del más mínimo reposo, se le antojaban sumamente penosos. Mientras caminaba se imaginó la escena que se repetiría una y otra vez a lo largo de la siguiente semana: la enorme y oscura oficina, carente casi de ventanas, donde el sol apenas entraba, la cara de su colega de trabajo sentado frente a él durante horas, la voz de su jefe gritándole: «¡Nonaka, venga un momento por favor!»

Pasó por delante de la casa del pescadero, Uokatsu. Cinco o seis calles más allá, se metió por un callejón estrecho cerrado en su extremo por una ladera. A derecha e izquierda había una serie de casas de alquiler. Eran todas iguales. Hasta hacía poco, se levantaba entre ellas una vieja casona de aspecto melancólico con un jardín cubierto de cedros japoneses donde, al parecer, había residido un antiguo vasallo de la época Edo.^[13] Pero el hombre que vivía actualmente en lo alto de la cuesta, Sakai, la había comprado y había ordenado sustituir su tejado de paja, arrancar de raíz los cedros y reconstruirla para darle el mismo aspecto que las demás edificaciones. La casa de Sōsuke era la última de la izquierda, la que estaba justo al pie de la cuesta. Era algo oscura y lúgubre, pero como estaba alejada de la calle principal, tenía la ventaja de ser más silenciosa que el resto. Fue precisamente eso, después de considerarlo mucho, lo que les empujó a él y a Oyone a decidirse por ella en lugar de haber elegido cualquier otra.

Como el anhelado domingo, que tardaría seis días más en regresar, tocaba a su fin, Sōsuke apretó el paso. Se le ocurrió que más tarde podría ir a los baños públicos. Si después le sobraba aún algo de tiempo, iría al barbero y daría por finalizado el día disfrutando de una agradable cena. De la cocina de su casa llegaba el ruido de platos y cacharros entrechocando. Cuando entró en el recibidor, tropezó con las *geta* de Koroku. Se agachó para colocarlas de nuevo en su sitio. Su hermano pequeño apareció frente a él. Se escuchó la voz de Oyone desde la cocina.

—¿Quién es? ¿Tu hermano?

—Hola Koroku. Has venido —le saludó Sōsuke antes de dirigirse al salón. Desde que había echado la carta al buzón, no había vuelto a pensar en él. Verle allí le hizo sentirse culpable y avergonzado—. ¡Oyone! —dijo a su mujer—. Ya que está aquí Koroku, ¿por qué no preparas algo especial para cenar?

Oyone había dejado abierta la puerta de la cocina.

—En un minuto —dijo como si lo que le pedía su marido fuera una obviedad. Hizo ademán de volver a la cocina, pero algo la detuvo—. Koroku, ¿no te importa cerrar las contraventanas y encender la lámpara de queroseno? Kiyō y yo estamos ocupadas.

—De acuerdo —respondió él solícito poniéndose manos a la obra.

Desde la cocina llegaba el sonido del agua hirviendo y el de los golpes secos del cuchillo de Kiyō al cortar las verduras.

—¿Dónde pongo esto? —le preguntó la chica a Oyone.

—¿Dónde están las tijeras para cortar la mecha de la lámpara? —En esa ocasión era Koroku el que preguntaba antes de que su cuñada hubiera podido contestar a la primera pregunta.

Se escuchó el chisporroteo que las gotas de agua hacían al caer sobre las brasas.

Sōsuke se sentó en silencio en medio del salón. Puso las manos sobre el brasero para calentárselas. El único color que se adivinaba en la oscuridad circundante, era la tenue llama roja que ascendía desde las cenizas. La hija del propietario de la casa, que vivía en la parte más alta de la cuesta, empezó a tocar el piano. Sōsuke salió de su ensoñación. Se levantó para cerrar las contraventanas del salón. Sobre los bambúes, sombras grises recortadas contra el cielo, resplandecían unas cuantas estrellas. Las notas del piano le envolvieron.

III

Cuando Sōsuke y Koroku volvieron de bañarse, con sus respectivas toallas colgadas al hombro, la cena que había preparado Oyone estaba servida ya en la mesa del salón. Las brasas resplandecían, más vivas si cabe que cuando ellos se marcharon. La lámpara de queroseno iluminaba la habitación. Sōsuke empujó un cojín desde donde estaba su mesa de trabajo y se sentó encima. Oyone se hizo cargo de su toalla y del jabón.

—¿Qué tal estaba el agua? —preguntó.

Sōsuke respondió con un gruñido con el que en realidad intentaba mostrar su satisfacción.

—Estaba en su punto —respondió Koroku volviéndose hacia Oyone.

—Había demasiada gente —puntualizó Sōsuke. Levantó las rodillas y las apoyó en el borde de la mesa.

Sōsuke solía volver del trabajo cuando ya empezaba a hacerse de noche, y solía aprovechar para darse un baño antes de la cena. Era la hora más concurrida. Durante los últimos meses no había visto una sola vez el agua a la luz del día, pero lo peor era que llevaba por lo menos tres o cuatro días sin poder ir a los baños. Esperó a que pasara la semana para levantarse pronto el domingo y correr a meterse hasta el cuello en el agua caliente. Sin embargo, cuando finalmente llegó el día, prefirió quedarse en la cama hasta tarde. Después de todo, era el único día de la semana en que podía permitirse ese lujo. Allí tumbado, le costaba mucho esfuerzo levantarse para ir a los baños. Ya lo haría al domingo siguiente. Y ese mismo proceso se repetía una y otra vez semana tras semana.

—En realidad solo disfruto del agua caliente por las mañanas —aseguró.

—Y entonces dime, ¿por qué te levantas tan tarde el único día que puedes ir?

Había un tono de reproche en la pregunta de Oyone.

Koroku no dijo nada. Atribuía el comportamiento de su hermano a una especie de debilidad interior. Él, un simple estudiante, no era capaz de apreciar lo que los domingos representaban para Sōsuke. ¡Seis días extenuantes de oscuridad y tan solo uno de luz para recuperarse de semejante esfuerzo! Demasiado tiempo sacrificado como para poder condensar su antídoto en tan

solo veinticuatro horas. Sōsuke quería hacer siempre muchas cosas e, invariablemente, terminaba por hacer solo una o dos de todas las que se había propuesto. Incluso así, el tiempo se le antojaba demasiado valioso como para ocuparlo solamente de esa manera. Le preocupaba estar perdiéndolo. El día tocaba a su fin y ni siquiera sentía haber estado cerca de lograr algo. Le angustiaban tanto las circunstancias del día a día, que era incapaz de encontrar la ocasión de dar rienda suelta a sus energías, dedicarse a disfrutar, a practicar algún hobby. Si no había acudido antes en ayuda de su hermano pequeño, no era por falta de voluntad, sino porque no disponía de la fuerza mental para hacerlo. Eso, por supuesto, era algo que Koroku no alcanzaba a entender. Achacaba la desatención de su hermano a su egoísmo. Veía que disponía del tiempo suficiente para ir a dar un paseo por la ciudad, para tomarse un descanso con su mujer, pero era incapaz de mover un dedo por él. Al final, Koroku llegó a la conclusión de que tenía carencia de afecto fraternal. Era un sentimiento que había nacido recientemente en él a raíz del asunto de los Saeki. Para él, con toda la fuerza de su juventud, trazar un plan implicaba cumplirlo sin demora. Cuando le había pedido a su hermano que negociara con los Saeki, esperaba una acción inmediata por su parte: mañana, si no hoy mismo. Sin embargo, el asunto se fue alargando semanas, y al darse cuenta de que su hermano ni siquiera se había tomado la molestia de ir a verles, se resintió. A pesar de todo, después de encontrarse con Sōsuke cara a cara tras una larga espera, Koroku se dio cuenta de que, al fin y al cabo, era su hermano, de que cuando le hablaba lo hacía con todo el cariño de su corazón. El amor fraternal de su hermano mayor lo desarmó. No se atrevió a sacar el asunto nada más verle; tuvieron que esperar al momento en que salieron juntos en dirección a los baños. Fue entonces cuando pudieron hablar del tema.

Los hermanos se acomodaron y se dispusieron a cenar. Oyone se quedó con ellos, sentada en una esquina de la mesa. Se sirvieron varias copas de sake, de las que dieron buena cuenta. Antes de empezar a comer, Sōsuke se sonrió y sacó el globo con forma de *dharma* que había comprado en la calle.

—¡Mira que cosa tan graciosa! —dijo. Lo infló y lo colocó en un cuenco mientras señalaba sus curiosos dibujos. A Oyone y a Koroku les hizo mucha gracia. Koroku dio un gran soplo y el globo cayó de la mesa al suelo, aunque se mantuvo erguido.

—¡Has visto! —exclamó Sōsuke.

Oyone se echó a reír. Levantó la tapa del cuenco de arroz para servir a su marido. Después se volvió hacia Koroku.

—Tu hermano sigue siendo el niño que fue, ¿no crees? —le dijo.

Parecía como si con sus palabras quisiera disculpar a su marido. Sōsuke no dijo nada para defenderse. Recibió de Oyone el cuenco de arroz y empezó a comer. Koroku también cogió sus palillos.

No volvieron a hacer mención del globo, que había dado inicio a una conversación alegre y despreocupada que se prolongó durante toda la cena. Cuando terminaron de comer, Koroku se desvió hacia un tema más serio.

—Es una verdadera lástima lo de Ito,[\[14\]](#) ¿verdad?

Unos días antes, Sōsuke había leído con suma atención la edición especial del periódico que trataba sobre el asesinato del presidente Ito. Entró en la cocina, donde estaba su mujer, y le anunció:

—¡Es terrible! ¡Han asesinado al presidente Ito!

Dejó el periódico sobre el delantal de su mujer y regresó de inmediato a su estudio.

—Has dicho que era terrible, pero por tu voz no lo parecía tanto —le dijo Oyone más tarde medio en broma.

Durante los días siguientes el periódico siguió publicando numerosos artículos y columnas sobre el tema. A Oyone le resultaba imposible saber si Sōsuke los leía o no. En realidad, no daba la impresión de que todo aquello le afectase demasiado. Le preguntó en un par de ocasiones mientras le servía la cena si se había publicado algo nuevo.

—Sí, hay novedades... —le respondió Sōsuke sin extenderse en detalles. A menos que leyera el periódico que su marido llevaba guardado en el bolsillo de su abrigo, no tendría forma de conocer el desarrollo de los acontecimientos. Sacar el tema durante la cena no le conducía a nada. A partir de cierto momento dejó de molestarse por un asunto del que su marido no quería hablar, a pesar de que mantenía en vilo al resto del mundo. Fue Koroku quien sacó el tema.

—¿Por qué lo matarían? —Oyone le hacía la misma pregunta a Koroku que le había hecho a su marido el día que se conoció la noticia.

—Le dispararon varias veces... a bocajarro —respondió Koroku, que no había entendido bien el sentido de la pregunta.

—No. Lo que te pregunto es la razón por la que lo mataron —insistió ella. Koroku no parecía conocer la causa del magnicidio.

—Supongo que fue el destino —aseguró con calma mientras sorbía el té. Oyone no quedó satisfecha con su respuesta.

—¿Por qué razón tuvo que ir a Manchuria?

—Exactamente. Esa es la pregunta —intervino Sōsuke. Tras la copiosa cena, parecía satisfecho.

—Dijeron que negociaba en secreto con Rusia —añadió Koroku con semblante serio.

—¿En serio? Pero eso es terrible... Morir de esa manera.

—Si hubiera sido un don nadie como yo, entonces sí que habría sido terrible. Para alguien como Ito, fue toda una ventaja ir a Harbin y que le asesinaran allí.

Por primera vez desde que hablaba del tema, la voz de Sōsuke denotaba algo de emoción.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Oyone sorprendida.

—Al morir asesinado tendrá más posibilidades de convertirse en una figura relevante para la historia. Nunca lo habría logrado de haberlo hecho en su cama.

—No te falta razón en lo que dices —dijo Koroku que parecía aceptar, al menos en parte, la lógica del razonamiento de su hermano—. Pero Harbin... lo cierto es que en Manchuria no existe un solo sitio seguro. No puedo dejar de pensar que antes o después explotará —añadió.

—Eso es porque en Manchuria se está juntando un montón de gente de lo más dispar.

Cuando escuchó las palabras de su marido, Oyone puso cara de extrañeza. Sōsuke se dio cuenta y puso fin a la conversación. Le pidió que retirase las cosas de la mesa. Volvió a coger el globo con forma de *dharmā* y lo sostuvo sobre el aire con su dedo índice.

—Sorprendente, ¿no te parece? Fíjate cómo se sostiene.

Kiyo salió de la cocina y entró en el salón para recoger los platos. Al poco desapareció. Oyone la siguió para preparar algo más de té. Los dos hermanos se quedaron solos, sentados uno frente al otro.

—Da gusto que lo hayan recogido todo ya. No hay nada que me moleste más que ver los platos encima de la mesa cuando se ha terminado de comer.

Sōsuke expresaba de una manera peculiar su gusto por la sobremesa. Desde la cocina se oían las risitas de Kiyo.

—Kiyo, ¿se puede saber de qué te ríes tanto? —se oyó preguntarle a Oyone.

—Es que... —respondió ella antes de ahogarse aún más con su risa.

Los dos hermanos no decían nada y se limitaban a escuchar las risas de la criada.

Al cabo de un rato Oyone regresó con una bandeja de té y unos dulces. Levantó la tetera, cuya asa estaba decorada con el dibujo de una glicinia. Sirvió un té suave en las dos tazas que había frente a los hombres.

—¿De qué se ríe tanto? —preguntó Sōsuke. No miró a su mujer. No podía apartar la vista de los dulces.

—De ti... por comprar semejante invento. Dice que no paras de hacer malabarismos. ¡Igual que un niño!

—¿Eso es todo? —pregunto un poco a la ligera. La explicación de Oyone no parecía haberle convencido mucho—. Incluso yo he sido niño. Pero fue hace mucho, claro... —añadió.

Lo dijo despacio, saboreando las palabras. Miró a su esposa pero sus ojos parecían fijos en algo que había más allá de él. Oyone no contestó. Tras una larga pausa rompió su silencio para urgir a Koroku a que se comiera el dulce que había dejado delante de él. Se levantó y salió de la habitación. Los hermanos volvieron a quedarse solos.

Como la casa estaba algo alejada de la calle principal, a unos veinte minutos a pie de la última parada del tranvía, en el vecindario reinaba un gran silencio incluso antes de oscurecer del todo. Solo se escuchaba el ocasional golpeteo de unas *geta* en el exterior. El frío de la noche se hizo más penetrante. Sōsuke introdujo las manos en las solapas de su quimono.

—De día hace bueno, pero por la noche refresca mucho. ¿Aún no tienes calefacción en tu habitación?

—No, todavía no. En la escuela no la encienden hasta que hace mucho frío.

—¿En serio? Debe de ser tremendo...

—Desde luego que sí, aunque el frío lo puedo soportar. Sin embargo... —Koroku dudó un instante antes de decidirse a continuar—. Hermano, ¿qué pasa con los Saeki? Oyone me ha dicho que hoy les has enviado una carta.

—Sí. La respuesta debería llegar en un par de días como mucho. En cuanto la reciba, ya pensaré qué hago al respecto, si voy a verles o no.

Koroku reprochaba a su hermano su aparente desinterés, pero se daba cuenta de que no había nada ofensivo en su actitud. Ni siquiera hacía ademán de disculparse por no haber hecho nada hasta ese momento. Por otra parte,